

FILIPENSES

Introducción

Filipos. La ciudad que lleva el nombre de Filipos, en honor al padre de Alejandro Magno, era desde el año 31 a.C. colonia de Roma con derecho a ciudadanía. Por ella pasaba la vía Ignacia, que unía Italia con Asia. La población era en parte romana como indican las monedas con inscripciones latinas.

Según Hch 16, Filipos fue la primera ciudad «europea» visitada y evangelizada por Pablo y Silas, hacia el año 49. Una mujer de buena posición fue la primera convertida «europea» al Evangelio por la palabra del Apóstol. Allí se formó una comunidad cordial y generosa, a la que Pablo se sintió estrechamente vinculado (1,8; 4,1). Sólo de ellos aceptó ayuda económica (4,14s).

Lugar y fecha de composición de la carta. Pablo escribió la carta desde la cárcel (1,7.13.17). ¿Dónde? Algunos biblistas piensan, siguiendo la tradición, que se encontraba ya en Roma (después del año 60); citan en su apoyo las expresiones «todos en el pretorio» (1,13) y «los servidores del emperador» (4,22); asimismo su perplejidad ante una muerte próxima. Pero estas expresiones se pueden aplicar también a Éfeso, y Pablo sabía mucho de cárceles y de peligros de muerte. Por eso, la mayoría de biblistas se inclina por una prisión en Éfeso, no mencionada por Lucas en los Hechos. Esta hipótesis explica mejor el viaje de Epafrodito, el intercambio de noticias, su intención de hacerles una visita pronto (2,24). Sobre el peligro de muerte tenemos la referencia en 2 Cor 1,8s. En este supuesto, la carta habría sido escrita hacia el año 54.

Ocasión y contenido de la carta. Sobre la ocasión nos informa la misma carta. Un asunto al parecer trivial, el viaje y la enfermedad de Epafrodito; un motivo simple y grave, la necesidad de desahogar su agradecimiento sin renunciar a su oficio de exhortar y animar.

Se trata de una carta que discurre sin un plan determinado, con cambios de tema, de tono, de situación. Por eso algunos biblistas han pensado que se trata de dos o tres cartas, todas de Pablo, artificialmente reunidas bajo un epígrafe por un recopilador posterior. Sin embargo, en una típica carta personal, los saltos, cambios y prolongaciones no deben extrañar.

Lo que es indiscutible es el atractivo particular de esta carta como expresión de los sentimientos del Apóstol. Su joya teológica es el himno cristológico (2,6-11), síntesis audaz y madura, que algunos consideran un himno cristiano incorporado a ella. En términos de apostolado es importante el valor del «testimonio» (1,12-14) y la prioridad de que Cristo sea predicado, donde y como sea (1,15-18), así como la participación del Apóstol en la muerte y resurrección de Cristo (3,10s.20s). También afloran algunos asuntos particulares de la comunidad: el peligro de los judaizantes (3,1-7) y la necesidad de la concordia (3,2).

Saludo¹

1 ¹Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los consagrados a Cristo Jesús que residen en Filipos, incluidos sus obispos y diáconos: ²Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Acción de gracias²

³Cada vez que me acuerdo de ustedes, doy gracias a mi Dios; ⁴y siempre que pido cualquier cosa por todos ustedes, lo hago con alegría, ⁵pensando en la colaboración que prestaron a la difusión de la Buena Noticia, desde el primer día hasta hoy. ⁶Estoy seguro de que quien comenzó en ustedes la obra buena, la llevará a término hasta el día de Cristo Jesús.

⁷Es justo que sienta esto de todos ustedes, porque los llevo en el corazón y porque participan conmigo de las mismas bendiciones, ya sea cuando estoy en la prisión o cuando trabajo en la defensa y confirmación de la Buena Noticia. ⁸Dios es testigo de que los amo tiernamente en el corazón de Cristo Jesús. ⁹Esto es lo que pido: que el amor de ustedes crezca más y más en conocimiento y en buen juicio para todo, ¹⁰a fin de que sepan elegir siempre lo mejor. Así llegarán limpios y sin tropiezo al día de Cristo, ¹¹cargados con el fruto de la honradez que viene por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

¹ **1,1s Saludo.** El remitente de la carta es «Pablo», a secas, sin el título de «apóstol», señal de que los filipenses aceptaban su apostolado sin problemas. El escrito va dirigido también en nombre de Timoteo, uno de sus mejores colaboradores, quizás también presente en la evangelización de Filipos (cfr. Hch 16,12-40). Pablo se presenta junto con su compañero como «siervos de Cristo Jesús» (1), título que los identifica como misioneros del Evangelio. Llama «santos» o «consagrados», como de costumbre, a sus destinatarios, en alusión a su pertenencia a Cristo Jesús.

Entre estos destinatarios se encuentran los líderes a cuyo cargo está la comunidad. Llama la atención que Pablo los designe como «obispos y diáconos», es decir, supervisores y auxiliares. En otras cartas se refiere a ellos como «los que les enseñan, amonestan y gobiernan» (cfr. 1 Tes 5,12; Rom 12,8), o «apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros» (cfr. Ef 4,11). En tiempos del Apóstol, el nombre que se da a los encargados de las comunidades cristianas, ya sean fundadas por él o no, es muy fluido y variado.

Los títulos de «obispos» y «diáconos», que fueron adoptados por los cristianos para sus propios líderes, eran los nombres con que la sociedad civil griega designaba a los cargos dirigentes. No tenían todavía el significado y alcance que tienen en la Iglesia de hoy, pues las primeras comunidades cristianas no estaban aún estructuradas jerárquicamente en torno a un obispo de carácter monárquico. Con el correr del tiempo, toda la función de gobierno y liderazgo se concentró en el ministerio de los «obispos, presbíteros y diáconos», desapareciendo los demás nombres y títulos.

Curiosamente, ningún líder cristiano de las primeras generaciones era llamado «sacerdote» para no confundirlo con el sacerdocio judío. Posteriormente, cuando el «sacerdocio judío» desapareció junto con el templo de Jerusalén y no existía ya el peligro de confusión, los «presbíteros cristianos» también comenzaron a ser llamados «sacerdotes». Y con el correr del tiempo, solamente, sacerdotes. No fue una simple cuestión semántica, pues dicho cambio se debió entre otros factores, a la peligrosa reducción de sus funciones, a la celebración de la eucaristía y al perdón de los pecados casi exclusivamente.

El Concilio Vaticano II ha vuelto a dar preferencia al título de «presbítero» sobre el de «sacerdote» para reafirmar una de sus misiones más importantes: edificar la comunidad cristiana sobre la Palabra de Dios o ser «siervos del Evangelio», como se han presentado Pablo y Timoteo.

² **1,3-11 Acción de gracias.** La acción de gracias acostumbrada se entremezcla con la súplica, en un tono afectuoso y cordial. Los sentimientos de gozo, cariño, confianza y añoranza dominan las relaciones de Pablo con los filipenses. La carta es, desde el principio, muy personal y nos ilustra un aspecto humano importante del apostolado de Pablo: la amistad que le unía a sus evangelizados, siguiendo el ejemplo de Jesús: «a ustedes los he llamado amigos» (Jn 15,15).

Les dice que siempre que se acuerda de ellos da gracias y los encomienda a Dios con «alegría» (4). Esta palabra volverá a aparecer muchas veces (1,18.25; 2,2.17s; 3,1; 4,1.10). En realidad, toda la carta es un canto a la alegría. El motivo de su gozo es que los filipenses no sólo han aceptado el Evangelio, sino que han colaborado con Pablo en su propagación «desde el primer día hasta hoy» (5). Por eso reza y confía que Dios culminará la obra tan buena que ha comenzado en ellos, cuando llegue «el día de Cristo Jesús» (6), la «parusía» o su venida gloriosa al final de los tiempos. El Apóstol tiene siempre ante sus ojos «el día del Señor», como la fuerza que guía todos los pasos de su vida apostólica (cfr. 2,16).

Con otra expresión de afecto, afirma desde la prisión: «los llevo en el corazón» (7), pues no sólo han participado en su misión apostólica, sino también en los sufrimientos por el Evangelio. En la soledad hostil de la cárcel brota con fuerza la «añoranza» del Apóstol, sentimiento humano transformado por la unión con Cristo.

La súplica incluye la caridad, el ideal de toda comunidad cristiana, y sus manifestaciones concretas adecuadas a cada situación. Por eso pide para ellos un permanente discernimiento guiado por el amor (cfr. Rom 12,9). Finalmente, aparece de nuevo la «parusía» en la oración de Pablo por sus queridos filipenses a quienes desea que ese «día de Cristo» (10) les encuentre cargados «con el fruto de la honradez» (11).

Prisionero por Cristo³

¹²Quiero que sepan, hermanos, que lo que me ha sucedido ha favorecido la difusión de la Buena Noticia. ¹³En efecto, todos en el palacio, tanto los soldados como los demás saben que estoy preso por Cristo, ¹⁴y la mayoría de los hermanos que confían en el Señor, con mi prisión se han animado a anunciar el mensaje sin temor. ¹⁵Unos proclaman a Cristo por envidia y por polémica, otros lo hacen con buena voluntad. ¹⁶Éstos obran por amor, sabiendo que me encuentro así para defender la Buena Noticia; ¹⁷aquellos en cambio anuncian a Cristo por ambición y mala intención, pensando añadir penas a mi prisión. ¹⁸¡Qué importa! En cualquier caso, sea como pretexto o sinceramente, Cristo es anunciado, y de ello me alegro y me alegraré; ¹⁹porque sé que esto servirá para mi salvación, gracias a las oraciones de ustedes y por el auxilio del Espíritu de Jesucristo.

²⁰Espero y aguardo no desanimarme por nada; al contrario, estoy completamente seguro que ahora como siempre, viva o muera, Cristo será engrandecido en mi persona. ²¹Porque para mí la vida es Cristo y morir una ganancia. ²²Pero si mi vida corporal va a producir fruto, no sé qué escoger. ²³Las dos cosas tiran de mí: mi deseo es morir para estar con Cristo, y eso es mucho mejor; ²⁴pero para ustedes es más necesario que siga viviendo.

²⁵Ahora bien, estoy convencido de que me quedaré y seguiré con ustedes para que progresen y se alegren en la fe; ²⁶y así, mi vuelta y mi presencia entre ustedes les será un nuevo motivo de satisfacción en Cristo Jesús. ²⁷Una cosa importa, que su conducta sea digna de la Buena Noticia de Cristo; de modo que, sea que vaya a verlos o que siga ausente, sepa que se mantienen unidos en espíritu y corazón, luchando juntos por la fe en la Buena Noticia; ²⁸sin dejarse asustar en nada por sus adversarios. Lo cual, por designio de Dios, será para ellos señal de perdición, y para ustedes de salvación. ²⁹Porque a ustedes se les ha concedido la gracia, no sólo de creer en Cristo, sino de padecer por él, ³⁰soportando la misma pelea en la que antes me vieron y ahora oyen que sigo sosteniendo.

³ **1,12-30 Prisionero por Cristo.** A pesar de su situación de prisionero, el Apóstol rebosa de gozo. ¡Paradojas de la prisión! (cfr. Ef 3,1). Sus cadenas son otra predicación. Encarcelado en una institución romana, le han brindado una plataforma inesperada de apostolado, ya sea en sus conversaciones particulares con los demás prisioneros, ya sea en las declaraciones oficiales ante los jueces. Los Hechos de los Apóstoles documentan esta táctica paulina de aprovechar cualquier ocasión ante cualquier auditorio (cfr. 2 Tim 4,2).

La valentía del prisionero en predicar el Evangelio, incluso en el mismo palacio del gobernador, ha producido la correspondiente valentía en la comunidad cristiana de Filipos para testimoniar su propia fe. Y así, lejos de acobardarse por miedo de terminar también ellos en la cárcel, crecieron en su entusiasmo por el anuncio, lo que provoca la gran alegría de Pablo.

De repente, una sombra oscurece sus pensamientos. Algunos de la comunidad se aprovechan de la prisión del Apóstol con intenciones no muy claras, aunque no fuera para predicar otro evangelio distinto o contrario; quizás la codicia o la envidia les hacen querer ocupar el puesto del ausente. Si bien denuncia el hecho con brevedad vigorosa, Pablo reacciona con grandeza: lo que importa no es su persona, sino que Cristo sea anunciado «y de ello me alegro y me alegraré» (18).

Pero su alegría tiene también otro motivo: Pablo, firme en su fe, está convencido de que toda esta situación que está viviendo le servirá para su salvación, gracias a las oraciones que los filipenses hacen por él y gracias a la asistencia del Espíritu de Jesús. Al parecer, espera el fallo inminente en forma de absolución o de condena a muerte, y contempla ambas posibilidades con paz y optimismo. Si bien morir y unirse definitivamente a Cristo sería lo mejor para él, «para mí la vida es Cristo y morir una ganancia» (21), sin embargo, como apóstol y pensando en que sus comunidades quedarían desatendidas, prefiere salir absuelto; prefiere la «pérdida» a la «ganancia», anteponiendo los intereses de los filipenses a los suyos propios, pues «para ustedes es más necesario que siga viviendo» (24). Él sale perdiendo por ahora para salir ganando al final.

Pase lo que pase, lo importante es que los filipenses sigan en la brecha, «unidos en espíritu y corazón, luchando juntos por la fe en la Buena Noticia» y «sin dejarse asustar en nada por sus adversarios» (27s). Es ésta una vida que supone lucha. El temple y la entereza de los combatientes será como el anticipo del juicio final que será un juicio de salvación para los filipenses, ya que están padeciendo por Jesús, lo mismo que vieron y ahora oyen de él, Pablo (cfr. Hch 16,22; Col 2,1).

Amor cristiano y humildad de Cristo⁴

2¹Si algo puede una exhortación en nombre de Cristo, si algo vale el consuelo afectuoso, o la comunión en el espíritu, o la ternura del cariño, ²les pido que hagan perfecta mi alegría permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo espíritu, un único sentir.

³No hagan nada por ambición o vanagloria, antes con humildad estimen a los otros como superiores a ustedes mismos. ⁴Nadie busque su interés, sino el de los demás. ⁵Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús,

⁶quien, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de ser igual a Dios;

⁷sino que se vació de sí

y tomó la condición de esclavo,
haciéndose semejante a los hombres.

Y mostrándose en figura humana ⁸se humilló,
se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz.

⁹Por eso Dios lo exaltó

y le concedió un nombre superior a todo nombre,

¹⁰para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble,
en el cielo, la tierra y el abismo;

¹¹y toda lengua confiese:

¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre.

¹²Por tanto, queridos míos, sean obedientes como siempre: no sólo en presencia mía, sino más aún en mi ausencia, trabajando con temor y temblor en su salvación. ¹³Porque es Dios quien, según su designio, produce en ustedes los buenos deseos y quién les ayuda a llevarlos a cabo.

¹⁴Hagan todo sin protestar ni discutir: ¹⁵así serán íntegros e intachables, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación perversa y depravada, ante la cual brillan como estrellas en el mundo, ¹⁶mostrando el mensaje de la vida. Ésa será mi gloria el día de Cristo: la prueba de que no he corrido ni me he fatigado en vano. ¹⁷Y si ahora debo derramar mi sangre como libación sobre el sacrificio y la ofrenda sagrada, que es la fe de ustedes, me alegro y comparto su alegría; ¹⁸también ustedes, alégrese y celebrenlo conmigo.

⁴ **2,1-18 Amor cristiano y humildad de Cristo.** Pablo introduce su exhortación a la caridad y humildad con un gran despliegue de motivaciones. Ambos temas son de sobra conocidos, pero el acierto y la importancia de estos versos están en la conexión: la humildad, resultado y condición de una caridad auténtica y duradera. Si el egoísmo es lo contrario al amor (cfr. 1 Cor 10,24), el orgullo es su enemigo capital.

Uno de los motivos de gran fuerza psicológica que invoca Pablo para exhortar a la fraternidad es el cariño y la comunión que les une a él y a los filipenses. No parece que en la actualidad esa unión esté deteriorándose, pero siempre es oportuno tender a que crezca. La unión que el Apóstol les recomienda sólo la tendrán si cada uno sabe valorar a los demás más que a sí mismo y se interesa por ellos. Es el ejemplo que Cristo nos ha dado.

Para presentarles el ejemplo del Señor, Pablo recoge y quizás retoca un himno cristiano –arameo o griego– con el que las comunidades expresaban su culto de adoración a Jesucristo. Su contenido y forma externa está regido por el esquema «humillación/exaltación», de tantas resonancias bíblicas: «delante de la gloria va la humildad» (Prov 15,33; cfr. Sal 113,7), y que en el Antiguo Testamento encuentra su máxima expresión en el canto del Siervo del Señor (cfr. Is 53). El Apóstol expresa esta humillación/exaltación de Jesús a través de un proceso de descenso/ascenso, que lo llevó desde una preexistencia en estado de igualdad con el Padre a encarnarse y tomar la condición humana sin diferenciarse de ningún otro hombre. La expresión utilizada es audaz y vigorosa: «se vació de sí» mismo (7). Este paso de la preexistencia a la historia lo describe el Apóstol lacónicamente en 2 Cor 8,9: «siendo rico, se hizo pobre».

De esa vida encarnada en nuestra pobre condición humana destaca la obediencia de un Jesús cumpliendo siempre la voluntad del Padre: «porque no bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Jn 6,38). La obediencia al Padre define toda su existencia hasta el extremo de la cruz. A esta humillación total sucede su exaltación por la acción soberana de Dios, descrita enfáticamente con un verbo en superlativo: «sobreelevar», que es otro modo de expresar la resurrección-glorificación de Cristo. Y ésta queda todavía más acentuada por el nombre o título que el Padre otorga a Jesús: «Señor» –en griego «Kyrios»–, palabra que traduce el nombre de Yahvé, Dios, en la versión griega del Antiguo Testamento; «para que... toda rodilla se doble... y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es Señor!» (10s; cfr. Is 45,23). Pero si el Padre glorifica a su Hijo, también el Hijo, muriendo y resucitando por nosotros, da gloria a su Padre (cfr. Jn 13,31; 17,1). Y esta gloria de Dios Padre no es otra cosa que la salvación del mundo. Así culmina Pablo su himno de adoración a Jesucristo, el Señor, que resume todo el misterio de la redención.

Tras la cita del himno, el Apóstol saca las consecuencias. La inmediata es la obediencia de los filipenses a él, Pablo, aunque esté ausente, es decir, al Evangelio que les ha predicado. La otra, que sigan expresando esta Buena Noticia en su vida y testimonio ante las gentes, pues aunque la salvación de Dios ha sido ya iniciada, todavía no está consumada. Los filipenses, por tanto, deben trabajar «con temor y temblor» (12) para su salvación en medio de «una generación perversa y depravada» (15) ante la cual deben testimoniar el mensaje de vida «como estrellas en el mundo» (15s).

Este testimonio vivo de la comunidad será el orgullo y la gloria de Pablo en el «día del Señor». Desde la prisión, y a la espera de una posible condena a muerte, el Apóstol ve este día ya cercano iluminando y dando sentido a su ministerio apostólico entre los filipenses: «no he corrido ni me he fatigado en vano» (16). Si Dios le pide ahora el último sacrificio por ellos, es decir, derramar su vida «como libación sobre el sacrificio y la ofrenda sagrada, que es la fe de ustedes» (17), la alegría mutua será completa. Con esta bellísima imagen de la fe, que hace de la entera vida del cristiano un sacrificio litúrgico de obediencia y amor a Dios y a los hermanos (cfr. Rom 15,16), termina el Apóstol su exhortación a una vida de humildad y caridad.

Timoteo y Epafrodito⁵

¹⁹Confiado en el Señor Jesús, espero enviarles pronto a Timoteo, para alegrarme al recibir noticias de ustedes. ²⁰A nadie tengo que se le iguale en su profunda preocupación por ustedes; ²¹porque todos buscan su propio interés y no el de Jesucristo. ²²Conocen sus méritos. En el anuncio de la Buena Noticia estuvo a mi servicio como un hijo para su padre. ²³Por eso espero enviárselo en cuanto vea cómo van mis asuntos. ²⁴Y confío en el Señor que también yo iré allá pronto.

²⁵He creído necesario enviarles de nuevo a Epafrodito, hermano, colaborador y camarada mío, al que ustedes mismos enviaron para que atendiese a mis necesidades. ²⁶Él tiene muchos deseos de verlos a todos y está intranquilo porque ustedes se enteraron que estaba enfermo. ²⁷Es verdad que lo estuvo y a punto de morir; pero Dios se apiadó de él; y no sólo de él, sino también de mí, para que no tuviera yo más tristezas de las que ya tengo.

²⁸Por eso se lo enviaré rápidamente, para que ustedes se alegren de verlo y yo me vea libre de esta pena. ²⁹En nombre del Señor recíbanlo con toda alegría, y estimen mucho a gente como él ³⁰ya que estuvo a punto de morir por servir a Cristo y expuso la vida para prestarme los servicios que ustedes no me podían prestar personalmente.

Los méritos del cristiano⁶

3¹Por lo demás, hermanos míos, alégrense en el Señor. A mí no me cansa escribirles las mismas cosas y para ustedes es una seguridad.

²¡Cuidado con los perros, cuidado con los malos obreros, cuidado con los mutilados! ³Nosotros somos los verdaderos circuncidados, los que servimos a Dios en espíritu, ponemos en Cristo nuestra gloria y no nos apoyamos en méritos corporales.

⁴Si bien yo podría apoyarme en tales cosas. Nadie tendría más razones que yo para confiar en ellas, ⁵circuncidado el octavo día, israelita de raza, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; respecto a la ley, fariseo, ⁶celoso perseguidor de la Iglesia; en cuanto al cumplimiento de la ley, irreprochable.

⁷[Pero] lo que para mí era ganancia lo consideré, por Cristo, pérdida. ⁸Más aún, todo lo considero pérdida comparado con el bien supremo de conocer a Cristo Jesús mi Señor; por él doy

⁵ **2,19-30 Timoteo y Epafrodito.** Estas líneas muestran las relaciones afectivas y efectivas entre la comunidad de Filipos y Pablo encarcelado. Timoteo no fue un colaborador más, sino el principal y el más fiel de todos. Frecuentemente, el Apóstol le envía a visitar y robustecer comunidades (cfr. 1 Cor 4,17; 16,10). Tenemos la impresión de que otros colaboradores de Pablo le duran solamente un viaje, de ahí que elogie la fidelidad de Timoteo frente a los que «buscan su propio interés y no el de Jesucristo» (21). Quizás el Apóstol descalifica con demasiada dureza lo que pudo ser la simple dificultad humana de trabajar con él o a su ritmo.

El segundo colaborador altamente elogiado es Epafrodito, quizás un líder de la comunidad de Filipos. En 4,18 se habla de su llegada al lugar donde Pablo estaba prisionero, trayéndole dinero y víveres de parte de la comunidad. Parece que se quedó al servicio del Apóstol preso, pero, tras grave enfermedad, Pablo prefiere prescindir de él para que la comunidad se alegre al verlo sano y salvo. Epafrodito ha sido para el Apóstol mucho más que un sirviente; le llama colaborador, compañero de luchas y hace de él un solemne elogio. Este misionero comprometido pudiera ser el portador de la presente carta.

⁶ **3,1-16 Los méritos del cristiano.** En el mismo tono de alegría con que inicia la carta, Pablo comienza a dictar los saludos finales: «Por lo demás, hermanos míos, alégrense en el Señor» (1). Pero, de repente, los interrumpe y da un viraje violento a sus palabras: «¡Cuidado con los perros... con los malos obreros... con los mutilados!» (2), como si reaccionara ante una grave noticia que acabara de recibir y que ponía en peligro a la comunidad de Filipos. ¿Qué decir de este cambio brusco de tono? Si, como es probable, la presente carta a los filipenses es la fusión de varias dirigidas a la misma comunidad, seguramente un recopilador posterior introduciría aquí el tema de otra carta hoy perdida, sin preámbulo ni explicaciones.

Con la expresión «perros», Pablo parece referirse a los predicadores judaizantes que intentan imponer la circuncisión a los filipenses convertidos del paganismo. No es fácil saber si los judaizantes operaban ya en Filipos o si el Apóstol quiere lanzar un grito de alarma contra la difusión de sus doctrinas. Lo cierto es que los calificativos empleados son duros e injuriosos (cfr. Ap 22,15) y se hacen eco de los insultos de los paganos contra los judíos, quienes llamaban «mutilación» a la circuncisión. No es contra el rito externo de la circuncisión por lo que reacciona Pablo con tan extrema dureza, sino contra la ideología que lleva consigo: la vuelta a la observancia de los dictámenes de la Ley para adquirir méritos y conseguir así la salvación por las propias fuerzas.

Contra semejante pretensión, el Apóstol propone una «circuncisión espiritual», que es el verdadero culto que Dios quiere (cfr. Jn 4,23s), y un gloriarse sólo en Cristo y no en los méritos propios (cfr. 2 Cor 11,18). Ya en el Antiguo Testamento se usaba la palabra circuncisión en el sentido espiritual, la «circuncisión del corazón» que «hace justicia al huérfano y a la viuda y ama al emigrante dándole pan y vestido» (Dt 10,16; Jr 4,4; cfr. Rom 2,29). Para el Apóstol, el nuevo pueblo de Dios no adquiere categoría de tal mediante una señal ritual física. A partir de la fe en Cristo hay un nuevo modo de servir a Dios, y la gloria no hay que ponerla en uno mismo, sino en el regalo que Dios nos ha hecho en Cristo.

Si de raza y méritos se tratara, el Apóstol podría competir con ventaja con cualquiera de los judaizantes. Y así enumera los siete títulos que le acreditarían como judío celoso y observante como el que más (5s).

Es irónico aducir como mérito el haber sido «celoso perseguidor de la Iglesia» (6). Pues bien, los supuestos méritos mencionados y otros que podía mencionar, son «pérdida» comparados con la «ganancia» de Cristo (cfr. Mt 13,44-46; 16,26). La manera como lo expresa no puede ser más radical: «por él doy todo por perdido y lo considero basura con tal de ganarme a Cristo y estar unido a él» (8s). Esta unión con Cristo la expresa con una exclamación iluminadora, de esas que salen como soplos de inspiración del Espíritu Santo: «conocer a Cristo... tomar parte en sus sufrimientos; configurarme con su muerte con la esperanza de alcanzar la resurrección» (10s). A esto ha dedicado y dedica todas sus fuerzas, como un atleta que corre hasta alcanzar la meta y conseguir el premio (cfr. 1 Tim 6,12). Cristo alcanzó al Apóstol en el camino de Damasco, ahora le toca a él correr para alcanzar a Cristo (cfr. 1 Cor 9,24).

todo por perdido y lo considero basura con tal de ganarme a Cristo ⁹y estar unido a él, no con mi propia justicia basada en la ley, sino con aquella que nace de la fe en Cristo, la justicia que Dios concede al que cree. ¹⁰Lo que quiero es conocer a Cristo, y sentir en mí el poder de su resurrección, tomar parte en sus sufrimientos; configurarme con su muerte ¹¹con la esperanza de alcanzar la resurrección de la muerte.

¹²No es que haya alcanzado la meta ni logrado la perfección; yo sigo adelante con la esperanza de alcanzarlo, como Cristo [Jesús] me alcanzó.

¹³Hermanos, yo no pienso haberlo alcanzado. Digo solamente esto: olvidándome de lo que queda atrás, me esfuerzo por lo que hay por delante ¹⁴y corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llamó Dios desde arriba por medio de Cristo Jesús. ¹⁵Por tanto, los que somos maduros, debemos pensar así; y si alguno piensa de otro modo, Dios se lo revelará. ¹⁶Ahora bien, el punto al que hemos llegado nos marcará la dirección.

El ejemplo de Pablo⁷

¹⁷Hermanos, sigan mi ejemplo y pongan la mirada en los que siguen el ejemplo que yo les he dado. ¹⁸Muchos –se lo decía frecuentemente y ahora se lo digo llorando– viven como enemigos de la cruz de Cristo: ¹⁹su destino es la perdición, su dios es el vientre, su honor lo que es vergonzoso, su mentalidad es terrena. ²⁰Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos recibir al Señor Jesucristo; ²¹él transformará nuestro cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, con el poder que tiene para dominar todas las cosas.

4 ¹Por eso, hermanos queridos y añorados, ustedes, amados míos que son mi alegría y mi premio, sigan así fieles al Señor.

Recomendaciones⁸

²Ruego a Evodia, y también a Síntique, que se pongan de acuerdo en el Señor. ³A ti, mi fiel compañero, te pido que las ayudes, no olvides que ellas lucharon conmigo al servicio de la Buena Noticia, con Clemente y mis demás colaboradores; sus nombres están escritos en el libro de la vida.

⁴Tengan siempre la alegría del Señor; lo repito, estén alegres. ⁵Que la bondad de ustedes sea reconocida por todos. El Señor está cerca. ⁶No se aflijan por nada, más bien preséntenselo todo a Dios en oración, pídanle y también denle gracias. ⁷Y la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, cuidará sus corazones y sus pensamientos por medio de Cristo Jesús.

⁷ **3,17–4,1 El ejemplo de Pablo.** Con palabras apremiantes y llenas de afecto, Pablo propone a los filipenses su vida como ejemplo, en contraste radical con el comportamiento de los «enemigos de la cruz de Cristo» (18) que buscan su seguridad en ritos y prestaciones puramente humanas (1 Cor 1,22s), que dan una importancia desmesurada a observancias sobre alimentos (cfr. Rom 16,18), para quienes su mayor orgullo es la circuncisión (19).

De nuevo hay que decir que la lucha sin cuartel del Apóstol no es contra ritos más o menos inocentes, sino contra la idolatría latente en esas prácticas religiosas, es decir: todo aquello que, siendo perecedero y transitorio, ocupa, sin embargo, un lugar de importancia desproporcionada en nuestras vidas, reduciendo el horizonte de nuestra existencia y cerrándolo a aspiraciones más altas.

Los ritos y prácticas de los enemigos de la cruz de Cristo del tiempo de Pablo tienen hoy otros nombres: son los nuevos dioses de la riqueza explotadora del pobre, del poder opresivo y discriminatorio, de todos los egoísmos individuales y colectivos que nos marcan como ciudadanos de un mundo corrompido.

Por el contrario, el horizonte que propone el Apóstol es el horizonte sin límites de Dios: «somos ciudadanos del cielo» (20), de una ciudad donde gobierna Dios mismo (cfr. Heb 12,22). Y este reino de Dios de hermandad, de justicia y de paz no es sólo una promesa vaga de futuro, sino que se está haciendo presente aquí y ahora, por la muerte y resurrección de Cristo, en la sociedad alternativa formada por los «consagrados a Cristo Jesús que residen en Filipos» (1,1) y por los descendientes de aquellos primeros cristianos que somos nosotros.

La esperanza de la victoria final de Jesucristo la ve Pablo simbolizada en la resurrección futura «que transformará nuestro cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso» (21).

Es la fidelidad a esta vida cristiana la que el Apóstol recomienda a los filipenses con las expresiones más tiernas y apremiantes que hayan podido salir de su corazón: «hermanos queridos y añorados... amados míos que son mi alegría y mi premio» (4,1).

⁸ **4,2-9 Recomendaciones.** Se reanuda la despedida iniciada en 3,1, después del paréntesis precedente tomado de otra carta. Poco sabemos de las personas mencionadas aquí. Pablo siempre cuenta con un grupo de colaboradores, entre ellos las muchas mujeres que le han ayudado en la evangelización y en la catequesis (Rom 16 proporciona una amplia lista). Nada sabemos de las diferencias entre Evodia y Síntique, pero parece tratarse de algo serio, pues al tener un ministerio en la comunidad pueden crear divisiones. Pablo pide la ayuda de un colaborador que pueda mediar entre ellas. La tradición lo ha relacionado con Clemente, el cuarto papa, autor de una famosísima carta a los Corintios. Pablo elogia a todo el equipo con la afirmación bíblica: «sus nombres están escritos en el libro de la vida» (3; cfr. Ap 3,5; 20,15; 21,27).

La mención de la alegría conecta con el inicio de despedida interrumpido en 3,1a y confirma el tono gozoso de toda la carta contenida en los dos primeros capítulos. Pablo quiere que sea una alegría no intimista, sino difusiva, haciendo felices a los demás con la propia bondad. Es con este gozo con el que también anuncia la venida del Señor (cfr. Lc 21,28).

El deseo de la «paz de Dios» es una característica del Apóstol que encontramos en todas sus cartas como saludo inicial y como despedida. Será esta paz profunda la que libre a los filipenses de toda ansiedad. Pablo quiere cristianos expectantes y tranquilos, pero no instalados (cfr. 1 Tes 4,11s).

⁸Por último, hermanos, ocúpense de cuanto es verdadero y noble, justo y puro, amable y loable, de toda virtud y todo valor. ⁹Lo que aprendieron y recibieron, escucharon y vieron en mí pónganlo en práctica. Y el Dios de la paz estará con ustedes.

Agradecimientos y saludos finales⁹

¹⁰El Señor me llenó de alegría porque otra vez floreció su preocupación por mí; siempre la tenían, pero les faltaba ocasión de demostrarla. ¹¹No lo digo por estar necesitado, porque he aprendido a bastarme con lo que tengo. ¹²Sé lo que es vivir en la pobreza y también en la abundancia. Estoy plenamente acostumbrado a todo, a la saciedad y el ayuno, a la abundancia y la escasez. ¹³Todo lo puedo en aquel que me da fuerzas. ¹⁴Con todo, hicieron bien en mostrarse solidarios de mis sufrimientos.

¹⁵Ustedes, filipenses, saben bien que, al principio de mi predicación, cuando salí de Macedonia, ninguna Iglesia, fuera de ustedes, se asoció a mis cuentas de gastos y entradas. ¹⁶Estando yo en Tesalónica, varias veces me enviaron medios para ayudarme en mis necesidades. ¹⁷No es que busque recibir; busco más bien los intereses que aumentan su cuenta delante de Dios. ¹⁸Por el momento tengo todo lo que necesito, y más aún, tengo de sobra con lo que Epafrodito me entregó de parte de ustedes: fue como una ofrenda de grato aroma, un sacrificio aceptable y agradable a Dios. ¹⁹Mi Dios, colmará todas sus necesidades según su riqueza y generosidad por medio de Cristo Jesús.

²⁰Al Dios y Padre nuestro sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

²¹Saluden en nombre de Cristo Jesús a todos los consagrados.

Los saludan los hermanos que están conmigo. ²²Los saludan todos los consagrados, en especial los servidores del emperador.

²³La gracia del Señor Jesucristo esté con ustedes.

⁹ **4,10-23 Agradecimientos y saludos finales.** Antes de terminar la carta, Pablo agradece a los filipenses el envío de ayuda material y la venida de un miembro de la comunidad para que le asista mientras está en prisión.

La Iglesia de Filipos es la más vinculada a su Apóstol fundador y la más comprometida en su trabajo evangelizador desde el primer día (1,5). Por el Apóstol mismo sabemos que no sólo le enviaron recursos económicos a Tesalónica (4,16), y ahora probablemente a Éfeso, sino también a Corinto (cfr. Hch 18,5; 2 Cor 11,9).

Pablo agradece, pero al mismo tiempo aprovecha la ocasión para darles su testimonio de desprendimiento y libertad frente a los bienes materiales: «Estoy plenamente acostumbrado a todo, a la saciedad y el ayuno, a la abundancia y la escasez» (12), gracias a que «todo lo puedo en aquel que me da fuerzas» (13). De lo que se alegra en ese gesto de solidaridad de sus filipenses es de los intereses que ellos recibirán, pues todo compartir solidario es el culto que Dios quiere de nosotros, la verdadera ofrenda, «de grato aroma, un sacrificio aceptable y agradable a Dios» (18).

El saludo final (23) podría ser una expresión tomada de la liturgia de la comunidad; algo normal si se tiene en cuenta que las cartas del Apóstol estaban destinadas a leerse ante la comunidad reunida, quizás en la primera parte de la celebración eucarística (cfr. Flm 25; Gál 6,18).